

—Sí, precisamente.

—Pues tendrá que venir mañana entre siete y nueve, esas son las horas designadas.

—Está bien, volveré, no conocía el horario.

—Y al retirarme, burlado en ese momento en mi deseo de ver al recordado maestro a quien debo una buena reprensión por mis ímpetus, pensé en su vida metódica y ordenada en extremo.

Volví al día siguiente y le encontré en su despacho: una salita dividida en tres secciones. En una estaba una mesa de extensión llena de volúmenes: gruesos diccionarios, tomos de enciclopedias y algunos papeles; en la más amplia, observé un piano ya entrado en años y al frente un pentagrama curiosísimo, donde cada nota tiene un dibujo en colores, lo cual me hizo pensar al punto en el aprendizaje de algún niño. Finalmente, en la tercera sección que ocultaba a mi vista un tabique de madera, de poca altura, adiviné una estantería repleta de libros.

Don Elías, hombre pequeñito, es siempre el mismo; vestía su clásico terno

negro, de color
su sombrero
y partido, color
amplia, que
formando un

Le saludé

—¿Podría

Reproducción
juicio de un
sistema de c
escuchar at
driñadores

—De un
Dr. don José

extracté pa
—Probabl
me dió refe
nalidad del

(Y se leva
del escondit

—Aquí lo

Vino desp
el fracaso d
ordenó cerr
dijo sucedi
parte calum
equivocación
candor.